

Isaiah Berlin

# Nacionalidad y nacionalismo

Edición y traducción de Ángel Rivero



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

## Títulos originales:

- «Review of Elie Kedourie, *Nationalism*», *Oxford Magazine*, NS1, (1960-1), pp. 147-148.
- «Rabindranath Tagore and the Consciousness of Nationality», en *The Sense of Reality. Studies in Ideas and their History*. Londres: Chatto and Windus, 1998, pp. 249-266. [Conferencia pronunciada en Delhi en 1961 con motivo del centenario de Tagore]
- «Note on Nationalism», *The Power of Ideas*, Princeton, PUP, 2013, pp. 301-311. [Publicado originalmente en la revista *Forethought* del Eton College en 1964].
- «The Bent Twig: A Note on Nationalism», *Foreign Affairs*, vol. 51, n.º 1 (oct., 1972), pp. 11-30. Posteriormente fue publicado en Isaiah Berlin, *The Crooked Timber of Humanity: Chapters in the History of Ideas*, Princeton, Princeton University Press, 2013, segunda edición.
- «Kant as an Unfamiliar Source of Nationalism». En *The Sense of Reality. Studies in Ideas and their History*. London: Chatto and Windus, 1998 [Conferencia pronunciada en Delhi en 1972], pp. 232-248.
- «Nationalism: Past Neglected and Present Power» en Isaiah Berlin, *Against the Current*, Londres, Pimlico, 1997 [1978], pp. 333-355.

Traducción: Ángel Rivero

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Foto: Modelos posando en bañador con la bandera de Gran Bretaña para una campaña de promoción del turismo en Gibraltar. Londres, 1969.

© Hulton-Deutsch Collection / Corbis / Getty Images

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción, selección, traducción y notas: Ángel Rivero, 2022

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid;

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-1148-043-7

Depósito legal: M. 19.272-2022

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Introducción: Isaiah Berlin y el nacionalismo,  
por Ángel Rivero
- Nacionalidad y nacionalismo
- 57 Elie Kedourie y la crítica al nacionalismo
- 64 Rabindranath Tagore y la conciencia  
de la nacionalidad
- 98 Nota sobre el nacionalismo
- 116 La rama doblada: apuntes sobre el nacionalismo
- 158 Kant y el origen insospechado del nacionalismo
- 188 El nacionalismo, menospreciado en el pasado y po-  
deroso en el presente
- 231 Índice onomástico



## Introducción: Isaiah Berlin y el nacionalismo

Isaiah Berlin fue conocido como un defensor de la libertad liberal, la libertad negativa, en un tiempo donde otros conceptos de libertad servían de justificación al totalitarismo que sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial. También fue famoso por haber sido un sobresaliente historiador de las ideas, cuya capacidad para empatizar con los autores que estudiaba producía el vívido efecto de hacerse portavoz de los pensadores que retrataba. Pero además de todo esto y de mucho más, Berlin dedicó algún tiempo al estudio del nacionalismo. Un fenómeno que como nos anunció reiteradamente nos acompañará siempre y que, contra lo que algunos sostienen, no dejaremos nunca atrás porque encuentra su fundamento en la condición permanente del ser humano.

Para Berlin, el nacionalismo es una inflamación agresiva y destructora que debe ser condenada, pero que engarza con la universal necesidad de pertenencia a un

grupo humano, algo que debe ser reconocido. Cuando esta necesidad de pertenencia, que él llama «conciencia» o «identidad nacional», «nacionalidad», es herida o humillada, entonces sobreviene el nacionalismo, que es la expresión patológica de esta necesidad; y que al no ser reconocida o al ser humillada, adopta una forma ideológica, destructiva, brutal, que resulta imposible de detener por medios pacíficos.

Así pues, para Berlín, el nacionalismo no tiene cura, pero puede evitarse si se consigue que la conciencia nacional o nacionalidad no se inflame, no se humille y no se dañe. El único remedio contra el mal incurable del nacionalismo sería pues el apaciguamiento de la inflamación nacional. Este diagnóstico sobre el nacionalismo lo mantendrá Berlín en todos los escritos que dedicó al tema. Escritos que están fechados en la década de los años sesenta del siglo pasado y, sobre todo, en la de los setenta. Dentro de esta década, el año 1972, en particular, muestra que el tema le interesaba particularmente.

Apenas con la implosión de la Unión Soviética (1989-1991), en buena medida debida al nacionalismo, y con la desaparición de Yugoslavia tras sus cruentas guerras nacionalistas, iniciadas en 1991, volverá sobre la cuestión en algunas entrevistas, antes de morir poco después, en 1997. Berlín participaba de la fe del liberalismo progresista en un mundo de naciones caracterizado por la diversidad y la cooperación, un mundo que de alguna manera había malogrado el internacionalismo abstracto e inhumano del comunismo, herencia de la peor Ilustración, autoritaria y destructora de las realidades humanas. Pero esta fe en un mundo de naciones armónicas

se fue enfriando a medida que el nacionalismo agresivo avanzaba sin tregua.

Las primeras referencias que Berlin dedicó al nacionalismo pueden encontrarse en su celeberrimo artículo de 1958 «Dos conceptos de libertad». Allí, antes de escribir sobre este tema de manera monográfica, plantea la que durante muchos años será su posición a la hora de estudiar este fenómeno. Esto puede verse en la sección VI dedicada a la búsqueda de reconocimiento. Es importante tomar en consideración que Berlin cuando habla de nacionalismo no está pensando entonces primordialmente ni en el fascismo, ni en el nacionalsocialismo ni en el comunismo nacionalista de Stalin, sino en los procesos de descolonización contemporáneos de los imperios británico y francés que, en medio de la violencia, hacen verdad esa necesidad humana del reconocimiento que considera tan importante.

Desde entonces, Berlin irá afirmando, de forma constante, que tras el nacionalismo se encuentra, en primer lugar, no la manifestación de una ideología sino la expresión patológica de una necesidad humana: el reconocimiento como miembro de un grupo. La falta de reconocimiento respecto a la identidad de un grupo causa un daño cuya inflamación es el nacionalismo. Para Berlin, esta es la clave del nacionalismo, la humillación, y si no se atiende, no se puede explicar el fenómeno. Como puede verse más adelante en este libro, en la crítica que realiza a Kedourie en 1960, Berlin insiste mucho en que para conocer el nacionalismo es necesario atender este contexto de falta de reconocimiento y, en principio, rechaza estudiar el nacionalismo como una ideología.

Más adelante, acabará por integrar en sus estudios la atención a la causa del nacionalismo, el no reconocimiento, con el análisis del nacionalismo como una ideología en su manifestación patológica.

En principio Berlin habla de nacionalismo benigno y nacionalismo agresivo, pero de forma paulatina hablará de identidad nacional o nacionalidad como una necesidad humana, y de nacionalismo como su manifestación patológica. Pero lo cierto es que Berlin no llegará nunca a diferenciar de forma categórica y clara ambos conceptos. No deja de ser paradójico que en el estudio del nacionalismo se utilice la misma categoría para describir dos fenómenos antagónicos: la concepción democrática de la nación y la concepción particularista-exclusivista de la misma. Berlin peca de esta indefinición aunque, como acabo de señalar, intenta separar ambas cosas, sobre todo en sus escritos últimos sobre la cuestión. Berlin se esforzará por mantener su lealtad al «nacionalismo» liberal decimonónico y a su concepción democrática de la nación; y al mismo tiempo denunciará la violencia nacionalista y su afirmación cada vez más crispada y agresiva de la supremacía de la nación como sujeto con voluntad propia.

Berlin comenzó a escribir sobre el nacionalismo en los años sesenta influido sin duda por la lectura de dos obras seminales de dos autores judíos como él mismo. El que los judíos estén sobrerrepresentados en el estudio del nacionalismo no debe sorprendernos, porque su condición de minoría en diáspora los convirtió en la víctima propiciatoria de esta ideología. Si la nación es algo más que el conjunto de los ciudadanos de un Estado para



convertirse en un grupo humano con personalidad y voluntad propia, entonces el que no se acomoda a los rasgos de la nación deviene fácilmente enemigo del pueblo o traidor. Su diferencia irreductible es testimonio de un pluralismo irreconciliable con la afirmación de la nación *una*, en su voluntad y en su carácter, tan querida por los nacionalistas.

Jacob L. Talmon y su obra de 1951 *The Origins of Totalitarian Democracy* [Los orígenes de la democracia totalitaria<sup>1</sup>] es la primera de estas influencias. Berlín tuvo una larga amistad con Talmon, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén, con quien mantuvo además una larga correspondencia a lo largo de los años. Esta amistad aparece referida en los agradecimientos del prefacio de *The Origins*, y la obra misma es citada por Berlín en «A Note on Nationalism» [Nota sobre el nacionalismo], uno de los primeros textos de Berlín sobre el nacionalismo, de 1964. Berlín hace suya la idea de Talmon de que no hay movimiento ideológico en el presente que haya triunfado sin aliarse con el nacionalismo. Todas las revoluciones del mundo contemporáneo que tuvieron éxito fueron nacionalistas; incluso la Revolución francesa, que comenzó con la afirmación de la razón universal al proclamar los *Derechos del hombre y del ciudadano* en 1789, acabó invadiendo y levantando naciones. Para Berlín, como señalará en artículos posteriores, las revoluciones en nombre del credo marxista recorrieron la misma senda, e incluso la sobrepasaron hasta li-

1. Jacob Talmon, *The Origins of Totalitarian Democracy*, Nueva York, Norton, 1970 (1951).

brar guerras nacionalistas entre países comunistas en Indochina (1978-1979) y acabarían finalmente con la propia Unión Soviética en 1991.

Talmon estaba profundamente influido por la visión de Tocqueville de la Revolución francesa, quien veía en esta no una ruptura radical con la monarquía de los Borbones (tal como pensaba Edmund Burke) sino una continuación de la lógica de la igualdad y de la centralización de la monarquía absoluta a expensas de la libertad de los individuos. De acuerdo con esta lectura, la Revolución habría transferido meramente los atributos del rey, la soberanía, a un sujeto colectivo, el pueblo, que quedaba así convertido en soberano. Esto es, la revolución habría creado un gobernante colectivo absoluto: el pueblo servil convertido en nación soberana.

Puesto que este sujeto colectivo era un ente de razón, una abstracción, estaba necesitado de intérpretes que hablaran en su nombre: en el nombre del pueblo. Para Talmon la «democracia totalitaria» es la que, apelando a la voluntad del pueblo, ejerce una soberanía absoluta sobre los individuos, obligándoles a obedecer la voluntad general, es decir, obligándoles a ser «libres». El argumento de Rousseau, que critica Talmon, es que, al disolverse el individuo en un sujeto colectivo, la libertad que ejerce este último es también la del individuo, pues participa ahora de esa libertad colectiva. Al mismo tiempo, al fundirse en la voluntad colectiva, deja de ser un sujeto legítimo separado de esta. El nacionalismo encuentra su asidero en este argumento, pues hace de la nación un sujeto colectivo: el titular de la soberanía y el depósito de la libertad.

Para Talmon la democracia se hace «totalitaria» porque la *volonté une* se convierte en sinónimo de democracia sin controles ni equilibrios, directa. Esta concepción de la «democracia», que encuentra su encarnación primera en el terror jacobino, la conecta con el nacionalismo del siglo XX y con las ideologías extremas del siglo XX, el comunismo y el fascismo. Esto lo hace en su obra *Myth of the Nation and Vision of Revolution* (1981) [El mito de la nación y la visión de la revolución], coronación de la trilogía iniciada con *The Origins*. La segunda obra de la trilogía es *Political Messianism* [Mesianismo político], de 1960, que comienza con una cita de Tocqueville que resulta reveladora:

Del siglo XVIII y de la Revolución, como de un mismo manantial, surgieron dos ríos: el primero conducía a los hombres a las instituciones libres, mientras que el segundo los llevaba al poder absoluto<sup>2</sup>.

Para Berlín, siguiendo a Talmon, no hay duda de que la raíz del nacionalismo está en la Ilustración francesa y su soberbio racionalismo. Pero discrepa del profesor israelí en que la encarnación primera del nacionalismo no se la adjudica a quienes lo propiciaron con su soberbia

2. Tocqueville pronunció estas palabras el 21 de abril de 1842 en un discurso en la Académie Française. David Caute ha afirmado que el más célebre de los artículos de Berlín, «Two Concepts of Liberty», la conferencia inaugural que pronunció en 1958 en Oxford, no es completamente original porque la tesis que sostiene ya fue establecida antes por Talmon en su libro *The Origins of Totalitarian Democracy*. Vid. David Caute, *Isaac and Isaiab. The Covert Punishment of a Cold War Heretic*, New Haven, Yale University Press, 2015.

universalista, los franceses, sino a los que tradujeron su humillación en movilización del resentimiento: los alemanes. Hay en Berlín una crítica de los excesos ilustrados y, en particular, a la idea de una razón abstracta como tribunal en el que, en nombre del ideal, se condena a los hombres de carne y hueso. Es decir, hay una crítica a la política ideológica que denuncia Talmon en sus obras y que Berlín denomina «monismo» o «política de Procusto»: el uso de la violencia masiva y atroz en nombre de los ideales, es decir, la política ideológica.

Pero hay también –y esto es importante para comprender sus ambigüedades en relación con el nacionalismo y conecta con su crítica anterior a la Ilustración– la aceptación de una verdad vinculada a la reacción romántica, nacionalista: que el racionalismo ilustrado ha ignorado y humillado la pluralidad de fines y valores de los hombres. Es decir, el universalismo francés generó una respuesta legítima de defensa de la diversidad existente, real, que se vio amenazada. Este es el origen del nacionalismo y de aquí arranca la devoción, de otra manera incomprensible, de Berlín por Herder<sup>3</sup>. Para Berlín, Her-

3. Berlín proyecta sobre Herder sus propias creencias para dotarlas de autoridad. Su misma ambigüedad acerca del nacionalismo aparece en su estudio de Herder, al que interpreta de forma profundamente idiosincrásica. Para él, el tema central de la obra del prusiano es que no se ha de juzgar una cultura mediante los criterios de otra; que civilizaciones diferentes tienen desarrollos diferentes, persiguen distintos fines, encarnan formas diferentes de vida y se ven dominadas por actitudes diferentes hacia la vida. Esta concepción fundamental de Herder cristalizaría en su interpretación en la idea de que para entender la historia de la humanidad han de estudiarse los pueblos y no los grandes hombres.

Para Berlín, Herder aborda su estudio desde tres grandes descubrimientos: el populismo, el expresivismo y el pluralismo. Define Berlín el «popu-

der es a veces el padre del nacionalismo, pero es, sobre todo, el defensor ilustrado de la diversidad humana, del pluralismo.

La primera obra que escribe Berlin, en lo que se me alcanza, sobre el nacionalismo es la reseña que realizó de la obra de Elie Kedourie *Nationalism*, en 1960. La reseña proyecta una valoración ambigua de este libro y trasluce una discrepancia profunda de fondo. Para empezar, Berlin toma distancia, curiosamente, respecto a la metodología de Kedourie, la historia de las ideas, y en particular sobre si esta disciplina es apropiada para estudiar el fenómeno del nacionalismo, al hacer abstracción de las condiciones y circunstancias sociales y materiales de su surgimiento. La observación es llamativa porque

lismo» que encuentra en Herder como la creencia en el valor que tiene pertenecer a un grupo o cultura, y nos dice que «es algo no político sino antipolítico, distinto y hasta opuesto al nacionalismo». El expresivismo sería la constatación de que las actividades humanas, y el arte en particular, no son sino expresión del carácter de individuos y grupos; y el pluralismo sería, por último, la creencia en la multiplicidad e incommensurabilidad de los valores de las distintas culturas y sociedades.

Concluye de estas constataciones que para Herder la idea de una sociedad ideal carece de sentido: «El tipo de nacionalismo de Herder se mantuvo sin cambios a lo largo de su vida. Su sentimiento nacional no era político y nunca lo fue, ni tampoco abandonó nunca o modificó, a lo largo de su extensa y voluminosa actividad intelectual, el tipo peculiar de universalismo en el que se inició, fueran o no consistentes ambas posiciones, lo cual era la última de sus preocupaciones.» (p. 223). El texto de Berlin sobre Herder es esencial para entender su comprensión de la identidad nacional y del nacionalismo porque en él se manifiesta el valor que concede al sionismo, que considera defendido por Herder, y se articula la idea que le es muy querida de la naturalidad de los grupos humanos frente a la violencia de los Estados. Una doctrina típicamente nacionalista que busca reinterpretar en clave pluralista y hasta cosmopolita. *Vid.* «Herder and the Enlightenment» en Isaiah Berlin, *Three Critics of the Enlightenment*, Foreword by Jonathan Israel, ed. Henry Hardy, Princeton, Princeton University Press, 2013, pp. 208-300.

Berlin pasa por ser justamente un cultivador de la teoría política entendida como historia de las ideas y, sin embargo, parece rechazar que el nacionalismo (que como todo *ismo* remite a un conjunto discernible de creencias) pueda estudiarse atendiendo a sus ideas. Como veremos, para Berlin la identidad nacional es algo dado, natural, mientras que los Estados son convencionales, y aunque Berlin no llega a afirmar el derecho de las naciones a tener una expresión política, sí considera que en determinadas circunstancias este derecho debe ser satisfecho.

Por el contrario, el punto de partida de Kedourie es la constatación de que el «principio de las nacionalidades», que constituye el núcleo del credo nacionalista, se ha convertido en hegemónico en nuestro tiempo. Las ideas de este credo son muy sencillas: se presupone que la humanidad está naturalmente dividida en naciones, y reza que cada nación tiene derecho a tener su propio Estado; y que un Estado ha de ser la corona política de una única nación. Se afirma de este modo la existencia de dos realidades: una cultural, prepolítica, y otra política. La primera sería la nación y la segunda el Estado, y se decreta que la congruencia entre ambas es positiva y realiza la libertad. La realización de la congruencia entre estas dos realidades es propiamente la autodeterminación nacional. Kedourie señala que esta idea que se nos ha hecho natural en el presente tiene una vida muy corta, apenas nace con el siglo XIX, y que fue gestada por los discípulos románticos de Kant. Berlin concuerda con la descripción de Kedourie sobre el origen y fecha del nacimiento del nacionalismo.

Pero si para Kedourie el nacionalismo no es sino una epidemia ideológica que no ha producido otra cosa que

violencia contra las minorías, la visión de Berlin no implica una crítica tan radical. Y aunque el propio Berlin situó a Kant, sin duda por influencia de Kedourie, en el linaje del nacionalismo, como puede verse en este libro, evitó condenar esta ideología en términos tan rotundos como los utilizados por este autor. La razón, me parece, es que Berlin siempre quiso dejar claro que hay una verdad en el nacionalismo, y esta es que constituye la expresión, patológica sí, de un daño sobre un grupo humano existente y verdadero. Hay también algo más. Berlin, devoto del liberalismo decimonónico, de Mazzini y de Mill, es un enemigo declarado de los imperios, pero Kedourie, víctima de los pogromos del nacionalismo árabe alimentado por Gran Bretaña con el ánimo de destruir el Imperio otomano, siente la nostalgia por una Bagdad donde los judíos vivían a su manera y sin amenazas. Berlin sería el judío integrado en el *establishment* británico, mientras que Kedourie sería el marginal, el perseguido académicamente por su denuncia de la política británica en Oriente Próximo. Su tesis *England and the Middle East: The Destruction of the Ottoman Empire, 1914-21* [Inglaterra en Oriente Próximo: La destrucción del Imperio otomano, 1914-21], de 1956, recibió el rechazo de los evaluadores de la Universidad de Oxford y nunca pudo doctorarse. Sin embargo, gracias a Michel Oakeshott, entonces director de la London School of Economics and Political Science (LSE), que le contrató, pudo realizar una carrera académica<sup>4</sup>.

4. Brendan O'Leary, desde una visión marxista y crítica, da abundante información sobre Kedourie y su estudio del nacionalismo en: «In Praise

Pareciera que a primera vista Berlin y Kedourie representaran biografías y posiciones teóricas antagónicas: el judío integrado, el *parvenu*, y el marginado. Pero curiosamente Berlin no se sentía tan integrado como podría parecer, y en alguna ocasión afirmó que nunca se sintió completamente en casa en Inglaterra. Como puede verse en este libro, en el capítulo dedicado a Tagore, hay en Berlin una reflexión sobre el *establishment* y la falta de reconocimiento que parece una confesión personal de frustración. Además, si Berlin empieza su estudio del nacionalismo negando a Kedourie, en esta antología puede verse como el propio Berlin va haciendo suyas poco a poco una parte importante de sus tesis.

Al año de publicar su reseña sobre la obra de Kedourie, Berlin fue invitado a la India para impartir una conferencia a propósito del centenario de Rabindranath Tagore, en 1961. El texto de la conferencia figura en este libro con el título de «Rabindranath Tagore y la conciencia de la nacionalidad», y es muy interesante en relación con la cuestión que ya he mencionado del reconocimiento, con párrafos en los que pudiera leerse la propia experiencia biográfica de Isaiah Berlin en tanto judío ruso nacido en Riga, que busca hacer de Inglaterra su hogar. El texto es también revelador porque muestra cómo para Berlin el fenómeno crucial del nacionalismo en los años sesenta es el de los procesos de descolonización, unos procesos que Berlin apoya en tanto reconocimiento de identidades sojuzgadas, pero que critica en sus manifestaciones violen-

of Empires Past: Myths and Method of Kedourie's Nationalism», noviembre 2002, *New Left review*, 2.<sup>as</sup> series (18): pp. 106-130.



tas e ideológicas. Hay además un rendido homenaje a Tagore por su comprensión de la nacionalidad como un proceso abierto, donde el pasado y el futuro se complementan de manera flexible. Nuevamente, al igual que ocurre con Herder, Tagore es la figura nacionalista no nacionalista, es decir, aquel que adopta la posición templada del reconocimiento de las realidades humanas en su pluralidad, su riqueza y su carácter cambiante.

En 1964 publicó Berlin el primer artículo donde aborda de forma monográfica, directa, la cuestión del nacionalismo. Llevaba por título el muy modesto de «Nota sobre el nacionalismo», y con ello parecía indicar que buscaba reunir una serie de datos que permitieran abordar el fenómeno de manera distanciada y sin plantear una tesis fuerte acerca de su explicación. Para Berlin, la Edad Contemporánea, que inaugura la Revolución francesa, es una sucesión de agravios donde el nacionalismo explota con cada violencia y donde los imperios europeos primero, y los intereses nacionales del comunismo soviético o del nacionalismo norteamericano después, han dado lugar a los nuevos nacionalismos de Asia y África, y también de América Latina, que alimentan las guerras, revoluciones y dictaduras militares que cubren la tierra.

Para Berlin la marmita en la que se han recalentado estas pasiones violentas es el racionalismo del siglo XVIII que acaba por eclosionar con el fin de siglo. Las razones que aduce para culpar al Siglo de las Luces son: 1) el universalismo ilustrado y su promesa de un orden cosmopolita de armonía fraternal y paz, que trae como consecuencia una reacción contraria de aquellos cuyo mundo es condenado a la desaparición; 2) y, en relación con

esto último, el sentimiento nacional herido o humillado, que aparece lentamente, disperso y provinciano, pero que «acaba por adquirir un impulso terrible».

Esta humillación propiciada en nombre de la Ilustración suscita en primer lugar el sentimiento herido en los alemanes: en su aparición, adoptó la forma pacífica de un nacionalismo cultural, que Berlin nos señala que sería mejor describir como «populismo» y que se caracterizaba por manifestaciones completamente inocuas: celebraba la importancia de las raíces históricas, de los lazos entre los hablantes de la misma lengua, la importancia de las tradiciones y de los sentimientos regionales... Todos estos rasgos particulares eran valorados como superiores al vacío cosmopolitismo que mostraban los conquistadores franceses.

Pero tras la invasión de las ideas francesas vino la derrota militar a manos de Napoleón, y con ella, esta inocente reivindicación de la diferencia local se convirtió en furia agresiva que soliviantó a los alemanes durante todo el siglo XIX<sup>5</sup>.

Una vez puesto en marcha el nacionalismo como expresión resentida de la humillación nacional, sus réplicas

5. F. M. Barnard, en «National Culture and Political Legitimacy: Herder and Rousseau», *Journal of the History of Ideas*, vol. 44, n.º 2 (abril-junio 1983), hace una comparación entre el nacionalismo de Herder y el de Rousseau que recuerda a Berlin, aunque aquí la inspiración es el Meinecke de *Weltbürgertum und Nationalstaat*. También en relación con una visión no nacionalista de Herder muy semejante a la de Berlin es fundamental el artículo de Carlton J. H. Hayes, «Contributions of Herder to the Doctrine of Nationalism», *The American Historical Review*, vol. 32, n.º 4 (julio 1927), pp. 719-736. En una línea parecida puede verse también Royal J. Schmidt, «Cultural Nationalism in Herder», *Journal of the History of Ideas*, vol. 17, n.º 3 (junio 1956), pp. 407-417.

las encontramos por todas partes: en la Francia derrotada en 1870-1; en los italianos humillados por austriacos y franceses; en los Balcanes y en Turquía; en los judíos y el sionismo; en griegos e irlandeses. Según Berlin, las semillas del nacionalismo podían haber sido detectadas por un ojo atento en las tranquilas aguas de la Europa dieciochesca, un tiempo que, nos dice, erradamente miran con nostalgia y admiración muchos de quienes hoy ven en el nacionalismo una detestable aberración. Es decir, que yerran quienes creen que la razón es el remedio frente al nacionalismo porque es justamente la soberbia de la razón la que lo causa.

Para Berlin el nacionalismo es la «fuerza más poderosa y quizás la más destructiva de nuestro tiempo», y nos advierte de que si se produce «la total destrucción de la humanidad», esta será causada con toda probabilidad por la «explosión irracional de odio contra un enemigo u opresor real o imaginario de la nación». Como señalé antes, para Berlin el nacionalismo no tiene cura, y por tanto de nada vale predicar y argumentar que el nacionalismo maltrata a las personas, y que donde no hay nacionalismo la gente vive mejor y más libre. Berlin indica que hay una ley sociológica, trágica e inevitable, que señala que las lágrimas y la humillación de una generación alimentarán el baño de sangre en la de sus hijos o en la generación siguiente, de manera que la degradación de los abuelos se convertirá en la revuelta de los nietos. Así pasa con el nacionalismo.

Berlin finaliza esta «Note on Nationalism» con un giro pragmático. Si el nacionalismo no puede curarse, entonces, ¿qué debemos hacer?, ¿cómo podemos aliviar las

pasiones y cómo promover un mundo tolerante, pacífico y civilizado? Berlín, como señalé al principio, nos dice que el sentimiento nacional no es intrínsecamente malo o peligroso. Esto último solo acontece cuando es «exacerbado, inflamado y cuando desarrolla una condición patológica». Implícitamente parece decir que incluso el nacionalismo, cuando no está inflamado, puede ser bueno. Y así, nos dice, por ejemplo, que el nacionalismo de la India «es hoy día normal y no es patológico». En cualquier caso, la receta de Berlín es la de «crear las condiciones en las que el sentimiento nacional pueda desarrollarse pacíficamente». Esto se hace, según nos dice, de maneras diversas: evitando los conflictos entre vecinos; evitando la irritación que produce la existencia misma de minorías (esta irritación le parece irracional e indigna de la humanidad contemporánea, pero es un hecho que ha de aceptarse); promoviendo los matrimonios mixtos; eliminando las barreras sociales, económicas, étnicas, educativas entre poblaciones y, en casos extremos, mediante el intercambio de poblaciones (que él no denomina «limpieza étnica»). Todas estas medidas, sostiene, frenarían el desarrollo patológico en una fase temprana. Porque, y esto es lo importante, el nacionalismo no es un fenómeno anormal, sino que es una patología común que puede darse en cualquier sociedad humana y es, además, una patología no necesariamente mortal, como demuestran muchos países que han pasado por el nacionalismo y no han desaparecido: Italia, Francia e incluso Alemania.

Resulta interesante observar que en su primera aproximación monográfica al nacionalismo Berlín lo considera

una reacción pasional y destructiva, pero no una ideología. Más bien es el racionalismo como ideología el que suscita la reacción emocional del nacionalismo. En esto se diferencia tanto de Talmon como de Kedourie, quienes, siguiendo la estela de Acton y su visionario artículo «On Nationality» [Sobre la nacionalidad], de 1862, ven en el nacionalismo, como credo político moderno, la raíz de su poder destructor y la razón de su manifestación violenta. Es decir, tanto para Acton como para Talmon y Kedourie, el nacionalismo es un vástago de la política ideológica de Occidente y no meramente una reacción emocional o la resaca frente a la pleamar racionalista.

Puesto que para él no es una ideología, Berlin parece considerar que la historia de las ideas nada tiene que decir sobre el nacionalismo, lo cual resulta sorprendente si se compara con la tarea que encomienda al filósofo político al comienzo de sus «Two Concepts of Liberty» [Dos conceptos de libertad], de 1958, donde nos dice que vivimos en un tiempo en el que la política, más que nunca, está empapada de ideología y, por tanto, analizar los conceptos que informan los mitos que mueven a las masas de la humanidad se convierte en una tarea perentoria para los académicos. Tal como nos exhorta en su celeberrima obra, solo aquellos entrenados en el estudio del pensamiento serán capaces de desactivar las ideas destructivas que conforman los mitos totalitarios del presente. La posición de Berlin es todavía más paradójica si se toma en consideración que la teoría política de la posguerra europea tuvo como misión académica la explicación de cómo había sido posible el extremismo ideológico que había conducido a la Se-